ENTRE MUSICOS COSAS DEL GENIO

Una Vieja Estampa por La Hija del Caribe.

Los Lautars son los trovadores rumanos:

Una Tarde Lisz quiso oirlos; habitaba a la sazón, ahí en el castillo de Alexandry, el gran poeta rumano.

Los Lautars fueron introducidos. Estos eran bohemios de Jesy, y su jefe se llamaba Barbo Lautars.

Llevaban todos la gran túnica, cruzada sobre el pecho y retenida por un cinturón, el benete de piel de carnero llamado catchiulca y las sandalias. Los grandes cabellos canosos le caían sobre los hombros. Su jefe, Barbo, era casi un anciano; su barba gris, partida en dos puntas, descendía hasta el pecho. Bajo la cachiulca que cubría su frente se veían resplandecer sus ojos, llenos de inteligencia y vivacidad. Al entrar, todos se llevaron la mano al corazón y se inclinaron profundamente. Los amos de la casa ordenaron se les dieran copas de Champagne. Alexandry hizo señal; Barbo levantó el dedo, y la peregrina sinfonía estalló en el gran salón lleno de ecos.

Como instrumentos llevaban el violín, la cobza, instrumento de cuerda de acompañamiento, que procede a la vez de guitarra y del tambor de los vas-

Barbo había hecho tocar y tocado la marcha nacional. Al fin de ella, los señores, entusiasmados, arrojaron piezas de oro en su vaso, diciendole:
--Bebe, Barbo Lautars...Bebe, mi señor, bebe...

Y el viejo bebía a la vez el oro y el vino, teniendo cuidado de guardar en la boca las monedas que retiraba enseguida, después de haberlas besado religiosamente.

Después del primer trozo, llevado de un gran entusiasmo artístico, Barbo

se divagó en un canto bohemio delicioso, realmente prodigioso.

Litz, no decía una palabra. Dominado por la hermosura de la escena
que tenía ante los ojos, escuchaba aquellos artistas de camino real,
que no saben lo que es música pero que la adivinan.

Hay en esa música bohemia gritos desgarradores, quejas roncas, espasmos locos, tristezas de estepa. El acompañamiento monocórdico de la cobza, y cortado, de cuando en cuando, por una frase cantada, una sola, que interrumpe de golpe, volviendo con ciertos intervalos, para arrojar en aquella extraña sinfonía su nota salvaje.

Litz seguía escuchando, apoyado en el respaldo de un gran sillón de encina, devoraba con los ojos a Lautar, y, algunas veces, sus nervios sufrían sacudidas que contraían su fisonomía abacial y afilada. Cuando se dejó oir el único acorde, juntó las manos sobre su pecho, exhaló un suspiro de alivio y dijo: --OH. Que hermoso es esto. Toda la asamblea púsose a aplaudir. Listz tomó de su bolsa un puñado de oro, y, echándolo en el vaso del viejo Barbo; -Bebamos los dos, Lautar, le dijo. Los dos vasos chocaron. Listz estaba impresionado de tal suerte, que temblaba al beber el suyo.

En el fondo del salón, los patricios valacos, acostumbrados a aquellas curiosas melodías, conversaban entre sí, ejando, después de cada pieza, caer algunos luises en el vaso del viejo Barbo, de la estepa. Algunos segundos después Listz se levantó, y yendo hacia el Lautar le dijo sencilla mente:

Tú me has hecho conocer tu música, Barbo. Yo quiero que conozcas la mía. Púsose al piano en medio de un silencio que repentinamente se restableció, y, Lautar, con su violín en la mano, escuchó atentamente, sin perder de vista, a su vez, al gran virtuoso.

Listz preludió, y después: abandonándose por entero a su maravillosa inspiración, dejando correr por el teclado sus dedos en tensión prodigiosa. improvisó una marcha húngara, cuyo canto, amplio y melòdioso dominaba sin cesar en medio de arpegios, de los trinos, de las tremendas dificultades de que sembraba su obra. Animándose, ebrio de melodía, con su cabeza pálida, ascética, echada hacia atrás, medio cerrado los ojos, iba de un extremo a otro del teclado, haciendo rodar cascadas de perlas que iban a fundirse, a morir en los primeros motivos. Sus dedos, de una agilidad fantástica, desgranaban las notas metálicas para volver sin cesar a aquel canto inicial, grande, magistral y triste como una melodía de órgano. Aquello era realmente hermoso: jamás Listz había llegado a altura tal; los grandes señores rumanos escuchaban sorprendidos, y embelesados; el Lauter, por su parte, comprendía devorando con los ojos al ajecutante. No perdía una nota, y, su fisonomía estaba extrañamente conmovida durante la maravillosa interpretación de Listz.

Este se levantó en medio de los plausos frenéticos de todos los concu-

Barbo avanzó hacia él, y, ofreciéndole a su vez su copa de Champagne; -- A mi vez mi señor, le dijo, te suplico que bebas.-- Las copas chocaron de nuevo.

--Barbo Lautar--, le dijo Listz--qué piensas de mi música, qué priensas de esa melodía?

--Es tan hermosa, maestro, -- respondió el viejo trovero, que, si tú me lo permites, voy a intentar reproducirla.

Lisz sonrió con aire incrédulo, haciendo un movimiento a firmativo con la cabeza. El Lautar se volvió hacia su orquesta, y, con un violín en el hombro comenzó la marcha húngara.

No fueron omitidos ni los trinos, ni los arpegios, ni las variaciones de notas repetidas, ni aquillos adorables descensos de medio en medio tono tan familiares para los grandes artistas, para volver al primer motivo.

6000

Barbo detalló en su violín toda la improvización del pianista, que, escuchaba, asustado, la creación que acababa de hacer brotar del piano por la primera vez, y, que, quizá había olvidado ya...La orquesta seguía instintivamente observando matices, mirando al viejo Lautar, que se abandomaba a su violín, cuyas cuerdas, sacudidas y desgarradas iban a resonar en el corazón de Listz.

Cuando murió la última nota; cuando los Lautars dejaron reposar samaxmanida sus instrumentos a lo largo de sus cuerpos, Listz se levantó como movido por un resorte; fué derecho al viejo, lo besó con efusión, y, después, tomando según costumbre y el uso antiguo, la copa llena de oro y de vino de Francis, se la tendió a Barbo diciendo:

-- Bebe, Barbo Lautar, mi señor, bebe, porque Dios te hizo artista y eres más grande que yo.